



ASÍ FLUYE EL AMOR

Laura Rincón Gallardo

5a Edición

Revisada
y
Actualizada

*Cómo lograr que fluya el amor
en nuestras relaciones cercanas*



ASÍ FLUYE EL AMOR

LAURA RINCÓN GALLARDO



ISBN 978-607-00-0178-9
 ISBN edición electrónica: 978-607-9266-07-3

Así fluye el amor
 Laura Rincón Gallardo.

D.R. © Laura Rincón Gallardo

Reservados todos los derechos y prohibida la reproducción total y parcial sin autorización de la editorial.

Impreso en México / Printed in Mexico

<i>Prólogo</i>	ix
<i>Introducción</i>	xv
<i>Capítulos</i>	xiv
1. Nuevos descubrimientos sobre la vinculación madre-hijo	1
2. El cunero de un hospital	9
3. ¿Cuánto tiempo más apoyaremos este tipo de nacimientos?	17
4. Talentos asombrosos de los recién nacidos	23
Diferentes estados de los bebés	24
Llanto, alimento y sueño	24
5. El trastorno de vinculación	29
6. Testimonios	37
Testimonio de la madre de Javier	37
7. La terapia de contención para bebés recién nacidos .	41
El proceso curativo	43
8. Testimonio de la mamá de Daniel	49
9. Testimonio de la mamá de Memo	53
10. El niño interno en nosotros	59
11. El niño interno lastimado y sus efectos en la relación de pareja	65
12. Testimonio de Lucía	71
13. Cómo sanar al niño interno lastimado	77
14. Testimonio de Carmen	85
15. El orden en el amor	89
16. Testimonio de la mamá de Lorena	93
17. Testimonio de la mamá de Beatriz	99

18. La terapia de reconciliación con padres vivos o muertos	103
19. Testimonio de Diana	111
Testimonio de Pablo	111
20. El hijo primogénito	117
21. El enfoque terapéutico para el primogénito destronado	123
Testimonio de la mamá de Sebastián	129
22. La hermana mayor	131
Testimonio de Tita, la hermana menor	134
23. El abrazo de contención para moribundos	143
Testimonio de una tanatóloga	145
24. Juegos de video ¿un riesgo para los niños?	147
25. El aprendizaje infantil y la televisión	153
26. Los medios electrónicos y la educación	161
La computadora	163
27. Las etapas de desarrollo de Rudolf Steiner	169
28. La pedagogía Waldorf	175
29. Testimonio de una alumna del colegio Waldorf	187

Dedico este libro:

A Tere, Marta y Laura, mis compañeras de trabajo cotidiano en el Instituto Prekop con quienes compartí el gozo de trabajar para ayudar a las personas a encontrar el amor en sus relaciones más íntimas.

A Ceci, mi hermana, administradora del Instituto; quien se encarga de todos los aspectos complicados; a la vez, me siento libre para hacer lo que más me gusta en la vida.

A todas las personas coautoras de este libro que me proporcionaron sus valiosos testimonios, gracias a los cuales fue posible escribir esta obra.

A mis hijos:

Christian, que con su sencillez y alegría me enorgullece como madre.

Ana, con quien he compartido la dicha y los resultados de sus experiencias en el Colegio Waldorf, y que es autora de los dos últimos capítulos.

Paola, quien con su talento artístico dibujó la ilustración para la portada de este libro.

A Jirina Prekop, creadora de la terapia de contención, mi gran amiga y maestra que llega cada año de Alemania para ayudarnos con sus conferencias a expandir y dar a conocer dicha terapia en la República Mexicana.

Cuando hace tres años llegué a México por primera vez, no cabía en mí de asombro y alegría. Casi no podía creer lo que veían mis ojos: los niños de hasta dos años de edad todavía eran llevados en brazos por sus madres y otras personas cercanas, en apego a las viejas tradiciones. En este hermoso país, el mundo aún está bien, pensé.

Al decir que está bien me refiero a que todavía están vigentes los planes de la creación, que permiten al ser humano aprender la capacidad para amar. El alma necesita un largo proceso para poder encarnar; así, desde que está en el vientre de su madre, el bebé percibe cómo ella le da la bienvenida con sus caricias y su voz, pero el aún no puede ser oído. Él y su madre tampoco pueden verse todavía. Para permitirles el goce completo de este diálogo perceptible y, por tanto, otorgarles el regalo de la empatía y la compenetración como cimientos del amor, los bebés humanos llegan al mundo prematuramente, desde un punto de vista fisiológico. La sabiduría de la creación lo previó así.

En condiciones naturales, el bebé es puesto sobre el corazón de su madre inmediatamente después del traumático proceso de su nacimiento, para que pueda reconectarse con las percepciones que le son conocidas. Necesita volver a oír el latido del corazón de su madre, sentir los movimientos de su respiración, que lo arrullen, reconocer su voz y sus manos, que lo acaricien, para sentirse comprendido y percibido en sus necesidades. Esta vinculación simbiótica con su madre y luego,

de manera creciente, con otros miembros de la familia, es lo que da protección y seguridad al niño. Para él, es necesario que tal vinculación se prolongue más o menos dos años. En cierta ocasión pregunté a las madres mexicanas cuánto tiempo era este “más o menos”, es decir, cuando decidían que el niño ya no debía ser cargado, sino que le permitirían que realizara movimientos y acciones propias. “Cuando el niño esté lo suficientemente maduro para comportarse voluntariamente siguiendo el ejemplo y las indicaciones de los adultos: cuando ya no atraviese la calle cuando el semáforo esté en rojo o tire todas las cosas que se hallan en una estantería del supermercado porque hace berrinche.” Esa fue la respuesta que me dieron las madres, es decir, al niño se le carga en brazos y se le protege de cualquier peligro mientras no desarrolle una conciencia del yo, mientras esté en la edad del berrinche, pero siempre permitiéndole expresar todo su enojo de corazón a corazón sin que tema ser castigado por eso. De esta manera, el niño aprende en sus años más decisivos a experimentar el amor sin reservas y la libertad de expresar sus sentimientos espontáneamente. No existe un mejor equipamiento para el desarrollo de la personalidad.

Yo me empeñé en reforzar con argumentos científicos la forma de tratar a los niños que tienen las mujeres mexicanas. Al respecto les mencioné al antropólogo suizo A. Portmann y al etólogo alemán B. Hassenstein, quienes reconocieron que, por su género biológico, el ser humano se encuentra entre las crías que viven en un nido, que tienen la necesidad de ser cuidadas en su nido móvil (es decir, un rebozo o sarape) durante los primeros años de su vida. Esta necesidad la comparten todos los primates y los mamíferos llamados superiores, entre los que se encuentran los monos y los hombres; pero las mujeres mexicanas no quisieron escuchar todo este *rollo*. Para mí, representaba un agotador lingüístico, y para ellas fue quizá de-

masiado pesado y aburrido. Ellas lo hacían así sencillamente porque de ese modo fueron criadas de bebés y porque así lo hacían todas. Frente a esta imperturbable seguridad y tranquilidad, el niño se siente también seguro y tranquilo. ¡Qué bien planeado por Dios!

En mis ulteriores viajes por Europa dando conferencias, presentaba a las mujeres mexicanas como ejemplo de la forma ideal del cuidado de los bebés, y mostraba a la vez fotos de ellas. Añadía que durante las dos semanas que estuve en la Ciudad de México nunca vi ni una sola carreola, excepto una en el aeropuerto, que era de una familia estadounidense. Muchos especialistas que se encontraban entre el público confirmaron mis opiniones. Cada vez hay más conocimientos acerca de los devastadores efectos que puede tener la tecnificación del nacimiento en el posterior desarrollo de la personalidad del niño, pues aumentan su aislamiento, la pérdida de su confianza y su miedo a la vinculación. Pero estos datos no son reconocidos sino hasta mucho tiempo después, casi siempre cuando el ser humano ya es un adulto y cuando, por ejemplo, las carencias sufridas durante la infancia bloquean su desarrollo adulto.

Entonces, ahora en Estados Unidos y Europa occidental se han ideado terapias especiales para sanar estas tempranas alteraciones de la vinculación. Una de ellas es la terapia de contención, que adopté originalmente de Martha Welch y que después seguí desarrollando a mi manera. Me llena de alegría que la talentosa psicoterapeuta mexicana Laura Rincón Gallardo haya adoptado a su vez la terapia de contención diseñada por mí y que la combine, también como yo, con la terapia sistémica de Bert Hellinger.

Casi sufrí un shock al enterarme de que, con los años, cada vez son cargados menos en brazos con rebozo los bebés mexicanos. De manera similar a como sucedió en las sociedades

tecnológicas, cargar a los niños de esta forma es considerado anticuado, e incluso se habla de vergüenza, asociada con la pobreza.

Cada vez con más frecuencia, las madres piden ser sometidas a cesáreas, porque resulta más cómodo, higiénico y sufren menos dolor, sin darse cuenta de que la anestesia y la intervención médica impiden que el niño “llegue al corazón” de su madre inmediatamente después de su nacimiento. Cada vez hay más carreolas en las calles mexicanas, y se considera de buen gusto que cada miembro de la familia, gracias a su prosperidad económica, tenga su habitación, su televisión y su conexión a internet. No tenemos nada en contra, mientras la persona no convierta estos elementos materiales de su vida en su más grande factor de seguridad y los anteponga a la convivencia con otras personas; sin embargo, existe el gran inconveniente de que este peligro no sea reconocido. El bienestar material, reforzado por convincentes argumentos científicos, deslumbra. ¿Acaso los modernos mexicanos están ciegos para no ver los errores de los círculos culturales tecnológicos?, ¿están dispuestos a entregar tan a la ligera su valiosa herencia tradicional?

Niko Tinbergen, mi maestro, ganador del Premio Nobel, y quien consideró que la contención es la forma de terapia más instintiva para sanar vinculaciones alteradas, elaboró la tesis siguiente: para modificar una característica genética, una especie necesita muchos miles de años, y el ser humano requeriría miles de años para prescindir de las necesidades que tiene al pertenecer al género de las crías de nido; empero, el estilo de vida tecnocrático cambia a pasos agigantados de un año a otro. Frente a esto, el ser humano sensible cae en un abismo. También cabe decir: el desarrollo técnico avanza mucho más rápidamente que la conciencia que lo controla, la cual se halla mucho más atrás. Éste es el gran reto en el punto de inflexión

ante el que se encuentra el hombre civilizado de hoy. Una decisión de cada uno de nosotros es contribuir a que la humanidad se renueve en esta Tierra, porque un ser humane solo se humaniza al estar con otros seres humanos, no con computadoras.

Este libro constituye una importante contribución a tal fin. Me haría muy feliz que lo leyeran muchas personas.

JIRINA PREKOP

El instinto materno es algo así como un motor que permite realizar la vinculación de una madre con su bebé desde el momento en que éste nace.

Dicho impulso será más intenso y “natural” cuanto más primitivos sean los grupos sociales; las madres saben exactamente qué hacer con sus hijos recién nacidos sin haberse informado previamente, ni haber leído algo al respecto, ni haber llevado algún tipo de curso.

Parecería que la definición siguiente fue hecha a partir de haber observado la conducta de dichas madres. Según el *Diccionario de la lengua española*, la definición de la palabra *instinto* es: “Tendencia innata en el hombre y en los animales a realizar ciertas acciones orientadas hacia un fin sin previo conocimiento de él; es específico e inconsciente y no posee (como la inteligencia) la capacidad de adaptarse, como el de la propia conservación, reproducción, entre otras.

“En el hombre, toda actividad que entra en juego espontáneamente sin que sea el resultado de la experiencia ni de la educación y sin exigir reflexión.”

Desafortunadamente, en nuestra sociedad “civilizada”, el instinto materno no es el mismo “motor” que da fuerza y movimiento a la vinculación; pareciera que la tecnología ha averiado dicho motor, lo cual hace que las madres ya no confíen en las señales llegadas de dentro de su ser y genera madres inseguras y desconfiadas que buscan desesperadamente señales e indicaciones de afuera.

Me pregunto si este fenómeno de nuestra sociedad tecnocrática tiene también relación con el hecho de que las madres ya no necesitan permanecer cerca de su bebé mientras este es pequeño y echan de menos la famosa “autorrealización”, de modo que ser madres de tiempo completo las frustra y no les genera la felicidad suficiente para desear quedarse con su hijo. En estos casos, el instinto materno parece haberse desvanecido y el precio que ambos pagan es, en ocasiones, alto.

Este libro presenta diversos motivos o razones por los que en las relaciones entre padres e hijos el amor es bloqueado y dejamos de sentirlo, en cuyo caso los padres se relacionan solo con la mente y, “piensan” en cual será la mejor alimentación para su hijo, la mejor escuela, las mejores actividades, pues buscan su bienestar y sano desarrollo. Así, los padres se ocupan óptimamente, pero sólo en el plano funcional.

A veces no se han dado cuenta de que esto no es suficiente, pues falta la vitamina A, que es la esencial y que se conoce con el nombre de *amor*; cuando esta no existe, los niños desarrollan síntomas psicológicos para avisar a sus padres que no pueden ser felices ni desarrollarse sanamente sin la vitamina A de amor.

La presente obra no pretende ser “científica”; me aparto deliberadamente del marco científico, pues éste se dedica precisamente al plano funcional. Más bien pretendo ayudar a desarrollar esa visión que necesitamos para ver y notar lo que está frente a nosotros al mirarlo, no sólo con los ojos, sino también con el corazón. Además, presento evidencias que todos hemos visto, vivido o sentido ante las cuales no hemos actuado, esto es, no nos hemos permitido escuchar nuestras señales internas: el sentido común, el instinto y la intuición, como si hubiéramos perdido nuestra brújula, orientándonos y esperando indicaciones de afuera.

Nos tocó vivir una época que no hace fácil la relación y educación con los hijos; asimismo, las señales, la tecnología y la estimulación del exterior son excesivas, nos confunden, nos distraen demasiado y alejan nuestra atención de nuestras señales internas y de nuestra brújula, que necesita tanto luz como claridad para que podamos distinguir la dirección a seguir.

Deseo profundamente que este libro no sólo ejerza una función de reencuentro con la brújula extraviada, con el diccionario que da definiciones claras y precisas de lo que necesitamos saber y que nos aleje de señales engañosas y falsas de lo que es bueno porque resulta actual, eficaz, moderno y *light*, sino también ayude a muchos lectores a encontrar el origen de por qué sienten que el amor no fluye dentro de su ser y, por lo tanto, les falta en sus relaciones con sus padres e hijos y que, una vez conociendo el origen, tengan la fuerza para tomar la decisión necesaria que les ayudará a ser felices.

Nuevos descubrimientos sobre la vinculación madre-hijo

Podemos definir la vinculación madre-hijo como una relación simbiótica (lo cual quiere decir que ambos se necesitan y se prestan un servicio) que es básicamente física y es a través de ésta, que la madre con su amor, da a su hijo seguridad y confianza por medio de los estímulos similares a la experiencia de la vida intrauterina.

Cuando digo que “ambos se prestan un servicio” me refiero a que no solo la madre satisface las necesidades físicas y emocionales de su hijo, sino también, el bebé despierta en su madre (en el área emocional), la felicidad del amor mediante el instinto materno que la llenará de nuevas sensaciones y sentimientos maravillosos por el sólo hecho de haber llegado a su vida.

En el plano físico, ¿cuál madre no ha sentido el bienestar y agradecimiento hacia su bebé cuando este succiona de su pecho la leche que ella produce en grandes cantidades?

Con “estímulos sentidos en la vida intrauterina”, aludo a todo aquello que la madre hace con su bebé una vez nacido, que le genera confianza y seguridad, por ser experiencias conocidas durante los nueve meses vividos dentro de ella.

Cuando la madre lo envuelve en una manta, se repite para él, la sensación de estrechez que vivió en el útero; además cuando ella lo carga con un rebozo y camina o hace sus actividades con

él, le recuerda el ritmo constante y continuo que lo tranquilizaba desde entonces, incluso cuando ella dormía, pues su ritmo respiratorio arrullaba en su vientre al bebé.

Finalmente, cargarlo pegado a su cuerpo da al bebé la sensación de estar “en casa”, pues lo conoce perfectamente: la temperatura, el ritmo respiratorio, el sonido de la voz de la madre, las vibraciones, y los ruidos de los órganos internos. Es como si el bebé se dijera: “Viví dentro de este cuerpo nueve meses y ahora estoy viviendo el placer de conocerlo por fuera.”

La vinculación comienza prácticamente desde el embarazo, sobre todo cuando la madre lo vive en forma consciente, disfrutando sentir la vida en su vientre. Este disfrute incluye comenzar a relacionarse de manera placentera con su hijo no nacido: acariciarlo, hablarle, sentir sus movimientos y hacer cosas agradables para los dos, como descansar o relajarse con música.

Cuando el padre está presente y cercano, tal disfrute se comparte y el bebé comienza desde esos momentos a conocer a su padre; esencialmente conoce su voz y sus manos que también lo acariciaron antes de nacer. Los hermanitos que vivieron en forma cercana el embarazo de su madre, tendrán posteriormente un papel importante en la vida del bebé una vez que haya nacido.

El gran día del nacimiento llega, en situaciones ideales, con la madre preparada para tener un parto psicoprofiláctico, a fin de vivir y disfrutar en forma consciente el evento más importante de su vida, y con la ilusión de recibir pronto a su bebé en sus brazos.

El parto es una situación que implica, tanto para la madre como para el bebé, esfuerzo, cansancio, tensión, dolor físico y en ocasiones peligro y miedo.

Esa situación intensa, ubicada en la polaridad de los sentimientos descritos, debe llegar a la polaridad contraria una vez que el niño esté fuera del cuerpo de la madre; debemos permitir a ambos sentir juntos la felicidad del primer encuentro, la relajación, el contacto visual, el descanso y, sobre todo, el premio que merecen ambos de conocerse y estar juntos para disfrutar del encuentro y el amor.

Está comprobado que los seres humanos necesitan mantenerse juntos después de haber vivido una situación de impacto emocional intenso, simplemente para recuperarse juntos de ese impacto. Cuanto más intensa y dolorosa sea la experiencia, mayor será la necesidad de recuperarse en la cercanía y el contacto mutuo.

El nacimiento natural no es lo que nos traumatiza y el daño procede no del parto natural, sino del hecho de no permitir a la madre y a su bebé recuperarse juntos de la situación impactante vivida por ambos.

La experiencia del nacimiento es la más intensa vivida por cualquier ser humano; el impacto en el cuerpo de ambos es descomunal; así, el hecho de compartir este proceso tan agotador, aunado al desbordamiento de sentimientos entre la madre y su bebé, genera un vínculo profundo entre ambos.

Los cuerpos están hechos para que después del esfuerzo venga la calma, ambos se tranquilicen, descansen juntos y puedan conocerse con todos los sentidos. La madre quiere instintivamente mirar, revisar y amamantar, a su bebé, de modo que su cuerpo está preparado para satisfacer la sed de aquél después del esfuerzo realizado; para ello, produce el calostro, que es una leche casi tan ligera como el agua.

Después, la necesidad de ambos consiste en descansar y dormir juntos; este primer contacto con la madre es la fase más

sensible, ya que el reflejo de succión es más fuerte; también, la disposición al contacto visual entre madre e hijo hace que ambos sean como dos instrumentos afinados de manera armónica.

En ese momento de impronta, la mujer se convierte en madre y el hijo está fisiológicamente dispuesto a aceptarla como su madre. Estos instantes son mágicos, pues los dos descansan y se perciben, a la vez que el niño se llena de confianza y seguridad, lo cual es uno de los momentos más íntimos y sagrados para la humanidad.

Esa primera hora fisiológicamente sagrada no puede ser vivida en toda su intensidad cuando el niño está con extraños en lugar de con su madre, de manera que el necesita profundamente regresar a aquello que conoce, el lugar de donde salió. En este caso, el profundo instinto materno de la madre de cuidarlo, mirarlo, hablarle y amamantarlo se va al vado, pues no tiene respuesta.

El tiempo que el bebé tiene que sobrevivir alejado de ella implica para él una agonía y un miedo de muerte. A este cuerpecito nuevo y frágil se le inflige un miedo mortal, y el hecho de que sobreviva este miedo es una capacidad impresionante del ser humano.

Sin embargo, ¿qué pasa con los niños que no tienen esta capacidad y fuerza?, ¿tendrá esta experiencia alguna relación con la incapacidad para sobrevivir en los meses posteriores al nacimiento?, ¿tendrá esto que ver con la misteriosa muerte de cuna?

Lo que si sabemos con certeza es que para sobrevivir a este dolor tan profundo, el niño convertirá su sentimiento de dolor en ira, lo que le da una clara sensación de fuerza, que también matizará, más adelante, su relación con su madre.

Como siempre que hay una vivencia impactante en lo emocional, el cuerpo produce cambios generados por la segregación de hormonas. En este caso es generada la hormona llamada *oxitocina*, que tendrá muchas funciones importantes, una de las cuales será el maravilloso sentimiento de enamoramiento de la madre a su hijo recién nacido.

¿Qué sucede cuando el bebé no está cerca de su madre para corresponder y estimular ese enamoramiento? La respuesta es muy sencilla: este sentimiento intenso será dirigido a la persona que en ese momento está cerca de la madre: el ginecólogo.

Al recién nacido se le llama con frecuencia en psicología *el niño divino*, simplemente porque todas las características de su personalidad se encuentran intactas y en su forma original; ahí están todas las cualidades maravillosas con las que fue dotado: alegría, curiosidad, bondad, capacidad intensa de amar, espontaneidad, simpatía, intuición, ternura, compasión y muchas más, todas ellas listas para emerger poco a poco de su alma. ¿No resultan por ello tan fascinantes los niños pequeños? que actúan todo este potencial natural con el que nacieron?

El bebé recién nacido se encuentra también en una disponibilidad absoluta para recibir, de modo que su receptividad es total, como si las puertas de su alma estuvieran abiertas por completo para permitir la entrada de todo el amor que en ese momento recibiría si estuviera con su madre. Por el contrario, si ante esta apertura lo que recibe del exterior le provoca dolor (como la experiencia de ser separado de su madre), la primera sensación que experimentará se llama soledad y abandono; esta sensación entra en su alma, que estaba lista para recibir el amor de su madre, además de una profunda desconfianza y sentimientos que lo acompañarán por el resto de su vida.

El pequeño se abruma de dolor y para protegerse en lo emocional, empiezan a activarse lo que en psicología llamamos *mecanismos de defensa* contra este sufrimiento, sin que aquel pueda regularlo conscientemente.

Esos mecanismos son como una coraza con la que el niño y más tarde el adulto se protegen y se sienten más seguros ante situaciones dolorosas que provocan sentimientos parecidos a los experimentados en tal situación. Lo dramático es que el precio que el alma del niño debe pagar por estos mecanismos autoprotectores, lo paga el potencial maravilloso del “niño divino” esto es, cuanto más sufrimiento registra éste, más cualidades innatas perderá.

Lo traumático para el bebé que nace, además del parto, es el estrés y el dolor profundo de no poder recuperarse en los brazos de su madre en esos momentos en que la necesita mucho.

La sensación del bebé es: me encuentro solo, mi mamá me dejó en el momento en que más la necesitaba, de manera que tengo que arreglármelas solo. Ante la sensación de estrés, su cuerpo segrega cantidades importantes de adrenalina y cortisol; como un equilibrio natural del cuerpo, éste segrega posteriormente una hormona antiestrés llamada endorfina.

Con las endorfinas, el niño ya no se siente a sí mismo ni a su cuerpo; como está invadido de dolor, los ciclos hormonales de endorfinas empiezan a activarse en el bebé, quien vive frecuentes secuencias de estrés, que lo ayudan como una anestesia continua.

¿Quién no ha visto a los bebés en el cunero de un hospital “profundamente dormidos”? En estos momentos, el bebé está abrumado del más profundo estrés emocional. Esa primera experiencia de “autoanestesiarse” para sobrevivir al dolor es “aprendida” desde este momento, y el ser humano la repetirá

más adelante en la vida ante situaciones que le producen dolor emocional.

En psicoterapia, los pacientes adultos llamados *borderline* reportan frecuentemente un estado de “anestesia” respecto a las emociones y la incapacidad para sentir su cuerpo y son autoagresivos en el punto más alto de la sensación de dolor emocional, pues reportan que es la única manera de “sentirse.”

Una paciente decía: “El dolor que me provoco cuando me corto, me quemo con un cigarro o me golpeo la cabeza contra la pared me da la sensación de que vivo porque reconozco y siento el dolor que me recuerda que aquí estoy; de otra manera, me da miedo sentirme perdida porque pienso que me volvería loca.”

Estar inundados de dolor y autoagredirse permite a los pacientes ubicar el dolor en un lugar específico de su cuerpo para no sentir el resto. En ocasiones, el recién nacido que tuvo una experiencia larga y dolorosa en el hospital y vivió de forma continua la soledad y el abandono queda imposibilitado para reanudar una vinculación con su madre cuando ella lo lleva a casa. Es como si el niño explicara a su madre: “Cuando más te necesite no estabas, de modo que tuve que aprender a no contar contigo; cerré mi receptividad hacia ti y de hoy en adelante voy a vincularme con un “satisfactor sustituto” (una cobija, un animal de peluche, un chupón, una lámpara parecida a la que había en el hospital), en los que pueda confiar, pues estarán presentes cada vez que los necesite para darme seguridad.”

Como no tuvo los ojos de su madre que lo miraran continuamente, él no puede fijar su mirada en los ojos de ella ni de ninguna otra persona. Como no ha sentido el contacto físico ni el ritmo, pues ni las cunas ni las incubadoras le proporcionaron el ritmo que necesitaba, no puede disfrutar el contacto con el cuerpo de su madre.

En tales casos hablamos de una vinculación profundamente lastimada, que se conoce con el nombre de *trastorno de vinculación*. Esto puede ser uno de los orígenes del autismo (en mi libro *El abrazo que lleva al amor*, publicado por esta casa editorial, explicamos el autismo y la terapia de contención, pues al no poder el niño vincularse con su madre, lo hace con objetos inanimados como la lámpara de arriba de arriba de su cuna, los cables múltiples que veía conectados a su cuerpo y todo aquello que lo acompañó todos los días en que estuvo solo. Más adelante, en su casa necesitaría objetos que de manera aprehensiva tendría muy cerca de él para tranquilizarse con ellos, ante la incapacidad de tomar a su madre como proveedora de tranquilidad.

Muchos niños no autistas muestran conductas que utilizan los autistas para tranquilizarse, por ejemplo: aislamiento de los demás niños, dependencia excesiva de algún objeto, permanecer meciéndose durante largos períodos en un movimiento de vaivén y relacionarse con objetos inanimados. Estos niños podrían explicar su sentimiento de la forma siguiente: “La vinculación con mi madre fue para *mi* muy dolorosa, y realmente nunca pude disfrutar la cercanía ni el contacto con ella porque no estaba cerca de mí, de manera que por favor no me pidan que me vincule con seres humanos porque no aprendí a hacerlo; además, esto me genera desconfianza y miedo.”

Esa primera vinculación decisiva para el ser humano dará la pauta a este para la forma de vincularse en el futuro con otras personas, sobre todo la manera de regular la distancia y la cercanía en la relación más íntima y cercana de todas, esto es, la relación de pareja.